



SEGLARES CLARETIANOS

*Cuadernos de Formación Permanente*

Nº 3

# La experiencia de Dios (I)



*Seglares Claretianos  
Región Norte*



# Índice

<b>Presentación</b>	3
<b>La experiencia de Dios</b>	5
• ¿Qué significa hacer la experiencia de Dios?	5
• Reglas de oro para alcanzar la experiencia de Dios	6
a) Querer ser del todo	6
b) Aprender a orar del todo	8
c) Aprender a comunicarse del todo, en verdadera gratuidad	9
d) Aprender a vivir el “hoy” cósmico, humano, espiritual	12
e) Abrirse al misterio	14
• Preguntas para animar el diálogo en grupo	17
<b>Mística y nueva evangelización</b>	19
• El encuentro místico con Cristo, punto de partida de la evangelización	19
• La evangelización como actualización de la experiencia original cristiana	22
• Dos elementos importantes de la experiencia cristiana	27
a) La experiencia de un Dios Amigo y Salvador	27
b) La mística del Reino de Dios ofrecido a los pobres	29
<b>Bibliografía</b>	31

# Bibliografía

- MARTÍN VELASCO, JUAN. *“La experiencia cristiana de Dios”*. (Ed. Trotta. Madrid 1996)
- MARTÍN VELASCO, JUAN. *“El fenómeno místico”*. (Ed. Trotta. Madrid 1999).
- MARTÍN VELASCO, JUAN. *“La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea”*. (Ed. Sal Terrae. Santander 2002).
- MARTÍNEZ GARCIA, FRANCISCO. *“Vivir el Año Litúrgico”*. (Ed. Herder. Barcelona 2002).
- MARTÍNEZ GARCIA, FRANCISCO. *“He creído en el amor”*. (Ed. Herder. Barcelona 2000).
- MARTÍNEZ GARCIA, FRANCISCO. *“La madurez humana y cristiana”*. (Centro Berit. Zaragoza).
- MOINGT, J. *“El hombre que venía de Dios”*. (Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao 1995).
- PAGOLA, JOSE ANTONIO. *“Una oración nueva para una nueva Evangelización”*. (Ed. Idatz. San Sebastián 2001).
- RANHER, K. *“Curso fundamental sobre la fe”*. (Ed. Herder. Barcelona 1998).
- PAGOLA, JOSE ANTONIO. *“Experiencia de Dios y Evangelización”*. (Ed. Idatz. San Sebastián 2001).

todos los hombres y, en especial, a los más pobres y humillados: «El Espíritu del Señor me ha ungido y me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19).

En Jesús es inseparable su experiencia de Dios «Abba» y su acción ganadora, liberadora, reconciliadora. Como dice E. Schillebeeckx, «Jesús, fenómeno personal inédito en Israel, experimenta a Dios como una potencia que abre futuro, que es contraria al real, que sólo quiere el bien, que se opone a todo lo que es malo y doloroso para el hombre... y, por tanto quiere redimir la historia del dolor humano». La nueva evangelización ha de cuidar el no dissociar ni ignorar la doble experiencia de Cristo. Si se olvida el envío a los pobres, el cristianismo queda reducido a unión interior con la divinidad y deja de estar ungido por el Espíritu, que empujaba al primer evangelizador a sanar y liberar. Si se ignora la experiencia de Dios, «Abba», el cristianismo queda rebajado a pura acción socio-política, sin apertura a la esperanza que sólo viene de Dios, origen y destino último de la criatura humana.

La nueva evangelización debería tener muy presente el conocido aforismo de san Ireneo, que expresa de manera penetrante el núcleo de la experiencia mística cristiana: «*Gloria Dei, vivens homo; vita, autem honinis, visio Dei.*» La gloria de Dios está en la felicidad, la plenitud la vida liberada de todo ser humano, también del más pobre, olvidado y humillado. Pero, la felicidad y liberación del hombre solo encuentra su realización plena en Dios.

# Presentación

Es fundamental tomar conciencia de la importancia de la experiencia de Dios en nuestra vida personal y comunitaria. El tema merece y requiere ser tratado con rigor, por tanto me parece conveniente acudir a unos autores reconocidos que nos ayudarán a conseguir un criterio más centrado y profundo.

El objetivo de este folleto formativo es ofrecer unos textos centrados en el tema, que nos sirvan para la reflexión y como instrumento vivo y útil que nos lleven a un encuentro personal y a una profundización compartida con otros miembros de nuestras comunidades de Seglares Claretianos.

En la primera parte del folleto, me he permitido la licencia de transcribiros, directamente, unas reflexiones escritas por Francisco Martínez García, bajo el título: **“Hacia el encuentro y la experiencia de Dios”** (“*Vivir el Año Litúrgico*”. Francisco Martínez. Ed. Herder. 2002). Creo que da el fundamento teológico a este tema formativo.

En la segunda parte, os hago llegar unas reflexiones de José Antonio Pagola, autor de todos conocido, que entre otros muchos libros y conferencias, tiene escrito un precioso librito titulado **“Experiencia de Dios y Evangelización”**. Creo todo él merece la pena ser leído, pero nos centramos en el capítulo que trata de la Mística y nueva Evangelización; interesante reflexión para iluminar nuestra tarea evangelizadora.

Espero que todo ello nos ayude a identificar, realizar o reconstruir nuestra propia experiencia de Dios personal y comunitaria. Sin duda, profundizar en nuestra experiencia de

fe nos llevará a discernir qué representan para nosotros, como Seglares Claretianos, la Palabra de Dios, la oración, la celebración de los sacramentos y el amor comunitario y fraterno.

Si somos capaces de recuperar nuestra dimensión mística, es decir, nuestra experiencia personal de Dios, seremos capaces de mirar al mundo de una manera diferente, el mundo ya no es el mismo con sus profundas dificultades, sino que se hace revelador de Dios, todo tiene otro sentido.

En definitiva no se trata de aprender cosas sobre Dios, sino de encontrarse con Él, aprenderle a Él: Dios nuestro gozo y nuestro sumo bien. Saborear a Dios. Vivir la invitación del Salmo: “Gustad y ved qué bueno es el Señor”. (Sal 34, 9)

Por todo ello, me permito insistirte en que no sólo leas. Comulga con los textos. O mejor, deja que los textos, la Palabra, se apoderen de ti. Este contenido y la acción de Dios, ha impactado la vida de muchos. Y a ti ¿por qué no?. Es inconcebible que Dios haya amado de esta manera tan sublime y que él no quiera que nosotros lleguemos a experimentar su amor, que lleguemos a amar con una modalidad divina. Muchos se dicen cristianos y se mueren sin haber hecho la experiencia de Dios....La medida del amor de Dios es la medida de nuestra fe en ese mismo amor. Déjate amar por Dios...” (Francisco Martínez).

**Mariví Clavero**  
*Secretaría de Formación.*  
*Consejo Regional Norte SSCC*

del Bautista. La nueva evangelización ha de tener claro que todo aquello que impida experimentar a Dios como gracia, liberación, perdón, amor insondable, no lleva dentro la Buena Noticia de Dios proclamada por Jesús. Al contrario, la evangelización ha de comunicar la experiencia de que Dios está siempre del lado del hombre, frente a todo aquello que le pueda oprimir o dañar; que Dios solo interviene en nuestra vida para salvar, liberar, potenciar, elevar nuestra existencia; que Dios solo busca y exige lo que es bueno para el ser humano.

#### *b) La mística del Reino de Dios ofrecido a los pobres*

La experiencia de Dios que comunica Jesús no es una experiencia puramente interior e individual. Los discípulos captan en Jesús no sólo su relación filial con el Dios «Abba», sino también la resonancia que esa experiencia de Dios tiene en la sociedad Jesús vive la mística del Reino de Dios. Se comunica filialmente con el Padre, pero, al mismo tiempo, pide y busca que ese Padre de bondad y de misericordia reine entre los hombres.



Por eso, no hemos de olvidar nunca que la vida mística de Jesús está configurada por una doble experiencia. La experiencia de la filiación: «Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco» (Mc 1,11). Y la experiencia de sentirse enviado a comunicar la gracia y la liberación de Dios a

religiosa se entiende y se vive, sobre todo, como espera y preparación del juicio divino.

El mensaje de Jesús, por el contrario, se centra no en el juicio de Dios cuya ira está a punto de manifestarse, sino en la gracia salvadora de Dios para todos los hombres, incluso para los paganos y pecadores. No oculta Jesús el riesgo de quedarse fuera de la fiesta final, pero el que llega no es un Juez con su hacha amenazadora, sino un Padre cercano, Abba, que solo busca la dicha del ser humano. Por eso, él mismo se convierte en parábola viviente de ese Dios. No vive ayunando como el Bautista, sino comiendo con pecadores. No se le llama «bautizador», sino «amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11, 19). Su vida es cercanía al sufrimiento humano, acogida al débil, sanación de la vida. J. Moltmann resume así el contraste entre Jesús y el Bautista; «Jesús proclama la cercanía íntima de Dios, el Padre, que expresa con el nombre de Abba, y no la llegada del juez universal. Demuestra la cercanía del Reino de Dios, no con amenazas y con ascética, sino con signos de gracia en personas fracasadas y con milagros de curación de la vida enferma.»



Dios no ha sido Buena Noticia para muchos cristianos que hoy se alejan de él. La religión que han conocido no ha sido para ellos gracia, liberación, fuerza salvadora, alegría para vivir. Su relación con Dios ha estado impregnada por un temor oscuro al Juez severo, y no por una confianza filial en el Padre cercano, amigo de la dicha y del bien del ser humano. Solo han conocido la religión

# La experiencia de Dios

La gran desgracia para un cristiano es que no haya sabido pasar más allá de las verdades y las normas, del ambiente y de la costumbre, y que no haya realizado nunca la experiencia personal de Dios. Que Dios sólo haya entrado en él como concepto e imagen, como simple reflejo cultural de la fe. Pero no como es en sí.



## I. ¿QUÉ SIGNIFICA HACER LA EXPERIENCIA DE DIOS?

Se trata de una percepción profunda capaz de ponernos en un estado gozoso de mayor unión y comunión con Dios y con los hombres. Acontece cuando hemos llegado a tomar conciencia de la presencia activa de Dios dentro de nuestra vida y hemos llegado a sentirla como vocación y llamada. No es lo mismo comer alimentos que verlos en un escaparate. No es igual beber agua que conocer la existencia del agua. La diferencia es muy grande. Al comer y beber, los alimentos no existen en ellos mismos, sino en nosotros y para nosotros. Hacer la experiencia de Dios es percibirlo dentro de nosotros como Ser Absoluto y Universal, como Verdad, Bondad, Amor, como Unidad y Comunión suprema en el ser. La experiencia es fruto de madurez. Indica que la presencia y acción de Dios han tomado relieve en nosotros y las hemos personalizado, entrando a formar parte de nuestra vida, de forma que hemos llegado a responder desde nuestra afectividad personal profunda, no simplemente por mera observancia exterior.

La experiencia no se explica, se vive. Como el amor: sólo lo conoce bien quien ama.

La experiencia no es sólo saber, sino sentir internamente. No es tener fuera, sino dentro. Es ser no dos, el otro y yo, sino uno, el otro en mi y yo en él. No es yuxtaposición, sino fusión y comunión.

## 2. REGLAS DE ORO PARA ALCANZAR LA EXPERIENCIA DE DIOS

### a) *Querer “ser” del todo*

El “ser” es el camino hacia Dios. Camino hacia él cuando soy mejor y soy más en la línea profunda de mi propia identidad. Acercarme a él no es un asunto topográfico, cuantitativo, puramente sentimental, sino cualitativo. Es siendo más, y no precisamente teniendo más, como me acerco a Dios. Quien ha cambiado la ilusión de ser por la de tener, no sólo no se acerca a Dios: está alejándose de sí mismo, está perdiendo su propia identidad, está dejando de ser lo que es, se está identificando con lo que no es. Quien deja de cultivar los valores de la persona, y se dedica preferentemente al acopio de las cosas, está anticipando su propia muerte. Para Dios, valgo por lo que soy, no por lo que tengo. Acercarme a Dios significa ser más yo mismo, superar la fragmentación interior, el sinsentido, la desfundamentación de la existencia y de la actividad. Es sentirme en camino, tener horizonte.

Si quiero tener la experiencia de Dios, debo matar la ambición, el egoísmo, la envidia. Debo renunciar a la erótica del poder, a la



Cristo vivo que acompaña al hombre a lo largo de su existencia, iluminándolo con sus palabras que son «espíritu y vida» (Jn 6, 63) y alimentando su ser en la Cena eucarística.

### 3. *Dos elementos importantes de la experiencia cristiana*

No es mi intención analizar aquí la estructura básica de la experiencia cristiana. Sólo quiero llamar la atención sobre dos elementos a los que, a mi juicio, ha de estar muy atenta la nueva evangelización, si quiere comunicarla experiencia cristiana en nuestros tiempos.

#### a) *La experiencia de un Dios Amigo y Salvador*

Para captar bien la dirección que se ha de imprimir a la nueva evangelización, hemos de recordar que en el núcleo del mensaje y de la actuación de Jesús nos encontramos con el anuncio y la experiencia de un Dios Amigo y Salvador del hombre. La originalidad de Jesús aparece mejor si la estudiamos en contraste con la actuación del Bautista.

Todo el mensaje del Bautista se concentra en el anuncio del juicio inminente de Dios. «Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles (Mt 3,10). Nadie se librará de este juicio. Lo único que queda es hacer penitencia y volver al cumplimiento de la Ley para «huir de la ira inminente» (Mt 3, 7). El mismo Bautista se convierte en símbolo de este mensaje. Su vida es penitencia en medio del desierto. Su tarea, promover el bautismo de purificación. No cura, no bendice, no perdona. Introduce en la sociedad el temor a la ira de Dios. El Bautista sitúa así toda la existencia del hombre en el horizonte de un juicio severo. Esto es lo decisivo. La experiencia

acción litúrgica (lectores, cantores, servidores del altar, etc.). Es positivo promover la comunicación entre la asamblea y el presidente, entre los oyentes y el lector o los fieles entre sí, Pero lo esencial es la participación viva en los misterios de salvación que se celebran, la experiencia mística de la gracia de Dios que se acoge en Cristo y por Cristo.

El relato del encuentro del Resucitado con los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) adquiere hoy una importancia significativa y puede ser, a mi juicio, un texto básico a la hora de diseñar una teología de la nueva evangelización como actualización de la experiencia cristiana primigenia. La situación de los discípulos es de desesperanza y desaliento. Aparentemente, cuentan con todos los elementos que los podrían llevar a la fe: conocen las Escrituras, no ignoran el mensaje evangélico, han escuchado el mensaje pascual de las mujeres... Todo es inútil. Les falta la experiencia de su encuentro personal con el Resucitado. San Lucas muestra los dos caminos indispensables para vivir esta experiencia pascual: La escucha de la Palabra de Jesús como «compañero de camino» a lo largo de la existencia. Así lo experimentan



los discípulos: «No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32). Y junto a esto, la participación

en la Casa del Señor. Allí se sienten alimentados, se les abren los ojos y le reconocen (Lc 24, 30-31). ¿No está aquí sugerida una de las principales tareas de la nueva evangelización? En tiempos de desesperanza y crisis de fe, tal vez lo primero es reavivar la experiencia pascual y promover el encuentro místico con

pretensión de crearme superior a los demás y al deseo de serlo. Debo crecer en un profundo sentido de gratuidad, haciendo, en cuanto de mí dependa, que todo sea hecho por todos, que todos sean plenamente responsables, que no existan dependencias o esclavitudes sociales y morales. Digo “esclavitudes”, no relaciones. El camino hacia Dios es la libertad. Sólo camino hacia Dios si tengo libertad interior.



Para ser más, no tengo que alejarme demasiado de mí mismo ni de mi vida ordinaria. No tengo por qué hacer cosas diferentes. He de hacer mejor lo que hago, lo que tengo que hacer. Aquello que es precisamente mi vida en sentido positivo. He de hacer todo el bien que puedo y sé.

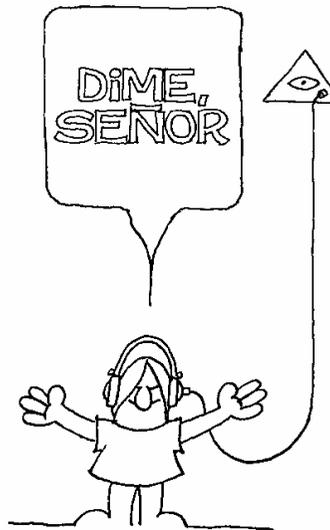
La mejor prueba de que crezco y maduro en los valores personales es la alegría. Dios no sólo es alegre, es la Alegría. Acercarse a Dios es estar alegre, pues es participar de Él. La alegría es la música del ser cuando está maduro y unificado. Las máximas alegrías son las que proceden del espíritu. Hay recreaciones exteriores que pueden provocar carcajadas exteriores, pero no suelen brotar del corazón. Sólo Dios es la Alegría y sólo Él puede provocar la alegría profunda del ser. Ser cristiano es, ante todo, ser y estar alegre. La alegría profunda, como Dios, está en lo hondo

del corazón. Pero a cada uno le corresponde saber extraerla a la vivencia y al comportamiento. Lo más grande que puede tener un ser humano es estar alegre y hacer alegres a los demás. La alegría es el buen tiempo del corazón. Es el sol bajo el cual todo prospera. Todo en el mundo es locura menos la alegría. Alegría y amor son las alas para las grandes empresas. Somos tan ciegos que no sabemos cuándo debemos afligirnos, o cuándo tenemos que alegrarnos; por lo general no tenemos más que falsas tristezas o falsas alegrías. Sólo siendo más y mejores, tendremos las alegrías más profundas y verdaderas.

#### **b) Aprender a orar del todo**

Es preciso que sepa orar no rezos, sino mi vida real. Al orar, no puedo detenerme en las ideas y emociones, he de implicar más y más el corazón.

La oración es algo muy ligado a mi vida íntima. No es asunto de tiempo, sino de amor. En ella no se debe utilizar sólo la mente, la cual suele ser más bien memoria y repetición de lo ya conocido, sino el espíritu, la inteligencia superior, que es apertura del ser a lo nuevo y trascendente. La nada es la no-respuesta. Existir es responder. Si existo, es porque Dios me ha llamado por mi nombre. Existir es ser respondente y responsable. No existe aquello que en mí todavía no es respuesta.

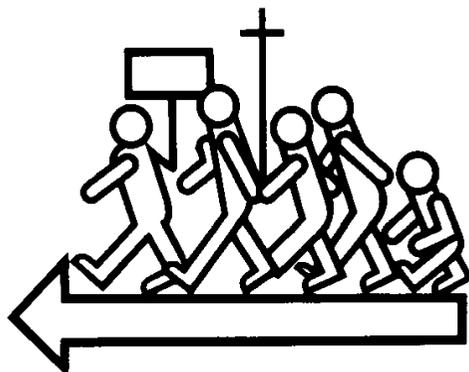


no se ha de ignorar que el Nuevo Testamento, antes de ser un texto escrito, ha sido experiencia de fe vivida por los primeros creyentes. Ha habido todo un proceso en el que se ha pasado de la experiencia a la redacción de ese texto que llega hoy hasta nosotros. Es necesario ahora un proceso inverso que permita a los creyentes de hoy pasar de la escucha del texto bíblico a la experiencia de Dios vivida en el origen. Todo el acto catequético consiste, en definitiva, en hacer que ese evangelio escrito cobre nueva vida y que la experiencia original cristalizada en esas Escrituras sea conocida, evocada y actualizada por los creyentes de hoy. Ahí se ha de centrar toda acción catequética inspirada e impulsada por el ardor de una nueva evangelización, sabiendo que una catequesis que se limite a exponer correctamente el mensaje cristiano, una exégesis que solo se preocupe de interpretar el texto bíblico con precisión, una predicación que se reduzca a exponer objetivamente su contenido doctrinal, están pasando de largo junto a lo decisivo y esencial, y no están ofreciendo el manantial del que brota la verdadera vida cristiana.

Lo mismo ha de decirse de la pastoral litúrgica. No hemos de olvidar que la estructura actual de la liturgia cristiana (misa dominical, celebración de siete sacramentos, año litúrgico, etc.) es el resultado de todo un proceso en cuyo origen está la experiencia de la Cena con el Señor, la acogida de su perdón, la escucha de su Palabra y, sobre todo, los encuentros con el Resucitado. No es de extrañar que la tradición cristiana haya designado a la Eucaristía “misterio pascual” pues en ella se actualiza el encuentro místico con el Señor resucitado. FX Durrwell llega a decir que «la Eucaristía es una forma permanente de la aparición pascual». Por eso, es importante lograr una mayor participación de los fieles en la realización exterior de la

propios problemas y contradicciones. Nosotros hemos de reactualizar esa experiencia en nuestro mundo actual, en medio de la conflictividad y la desesperanza en que se mueve hoy la humanidad. El contexto socio-cultural es diferente, pero los problemas radicales del ser humano son los mismos. Por eso, la experiencia de salvación cristiana ha de ser ofrecida a todos. No es una experiencia reservada a selectos, llamados especialmente a la contemplación. Todo aquel que se enfrenta a su indigencia radical de criatura experimenta, de forma más o menos consciente, la necesidad de salvación. Poco importa que sea culto o ignorante, que viva vinculado a una ideología u otra. En el fondo, todo ser humano necesita escuchar la Buena Noticia de un Dios en el que poner su confianza total. El Hijo de Dios encarnado en Cristo es «luz verdadera que ilumina todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9).

No es éste el momento de analizar cómo ha de ser concretamente la acción pastoral para que sea capaz de evocar y actualizar la experiencia original cristiana, pero sí quiero hacer alguna observación sobre el acto catequético y sobre la pastoral litúrgica.



La acción catequética y la pastoral de iniciación a la fe han de ayudar a escuchar el mensaje cristiano recogido fundamentalmente en los evangelios y en el Nuevo Testamento (sin olvidar la tradición eclesial posterior). Pero

La oración, si es verdadera, es un proceso fuerte de intercambio y de cambio. Es uno mismo transfiriéndose en lo que dice, siendo y no sólo rezando, diciendo el propio ser y no sólo palabras.

Orar es ponerme ante la palabra de Dios no como contenido, sino como ante una Persona que me habla, me ama y me llama. Es dejarme mirar, hablar, amar, transformar por el texto sagrado, saliendo de mí, caminando hacia Él, estando del todo en Él, saliendo nuevo por El.

Cuando la oración es auténtica, no sólo comulgo la palabra, sino que es la palabra sagrada la que me comulga a mí.

### c) *Aprender a comunicarse del todo, en verdadera gratuidad*

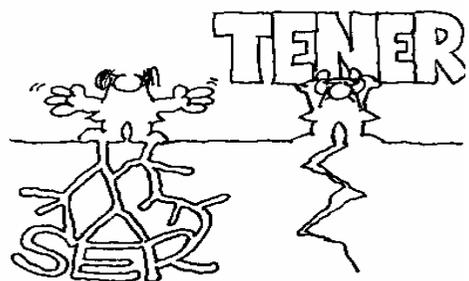
Muchos no conocen el gozo de la relación gratuita. Viven dominados por el interés. Su sueño es poseer más. Su profesión es el mercadeo. Tienen talante de propietarios y dueños. Carecen de riqueza interior. Por eso necesitan vivir siempre fuera de sí mismos, en sus cosas y posesiones. Están cosidas a la calle, al ambiente, al negocio, a los lugares donde comen y hacen juerga. No se sienten gracia y gratuidad para nadie. Si hacen el bien es preferentemente para sentirse halagados por la sensación de tenerse por buenos. Cuentan poco para ellos los valores trascendentes, los sentimientos, las experiencias personales y profundas de fe, de solidaridad social, de pura gratuidad.



El hombre es constitutivamente relación. No hay un yo sino donde hay un tú. El tú es el reverso del yo. Nacer, ser, crecer,

la vida misma, son el resultado de las comunicaciones que hemos tenido y tenemos.

Dios es esencialmente comunicación. Un Ser infinito e infinitamente comunicado. Es Padre en referencia al Hijo. Es Hijo por ser la generación del Padre. El Espíritu es “suspiro” de amor y unión intradivina. La encarnación es la comunicación del ser personal del Verbo a la



naturaleza humana de Cristo y a la comunidad cristiana, su cuerpo. La eucaristía no es sólo la “materia sagrada” del pan y del vino, es la acción dinámica de entregarse, el don y la entrega en el amor para establecer relación y

alianza en comunión. En todo, la relación hace el ser y el ser es siempre relación.

La vida cristiana es esencialmente relación: ser hijo y hermano. Ser cristiano es vivir en comunión. Quien entra en comunión con Dios, entra necesariamente en unión con los hermanos, con los que también Dios está comunicado. Sólo quien ama está en Dios y en los demás. No hay cristianismo sin comunidad. Ser Iglesia es vivir en fraternidad Es ser y llamar “hermanos” a los otros. La riqueza de valores en la vida cristiana y humana es siempre el resultado de los encuentros que hemos tenido en la vida. La relación en el amor es el banquete y el manjar por excelencia en la vida de todo hombre.

El ideal es estar integrado en un grupo de amistad y de fe, en la línea de tus amistades profundas, sabiendo revisar

personal y comunitaria del misterio cristiano. La moral evangélica ha de ser expansión de la comunión con Cristo, principio de una vida de culto filial al Padre y de fraternidad universal.



La historia de la fe cristiana es, por tanto, la historia de una experiencia que se transmite y se contagia de unas generaciones a otras. En esa

historia salvífica entramos cada uno haciendo nuestra propia experiencia de la gracia de Cristo, reactualizando en nosotros la experiencia de fondo que vivieron los primeros discípulos. Si no se da la renovación continua de esta experiencia, se introduce en la historia de la evangelización una ruptura esencial. La predicación continúa repitiendo la doctrina; la acción pastoral se esfuerza por conservar el depósito de la fe y las buenas costumbres; se administran los sacramentos y se cuida la observancia de las prácticas religiosas. Pero queda interrumpida la continuidad de la experiencia mística original.

A mi juicio, la primera tarea de una nueva evangelización es, precisamente, recuperar hoy para los hombres y mujeres de nuestro tiempo la experiencia primigenia de la salvación cristiana. Esto es lo que transformaría de raíz nuestra acción pastoral y le daría un nuevo aliento evangelizador: Aquellos primeros discípulos vivieron el encuentro con Cristo desde su propio mundo y desde sus

y una celebración. Pronto, el mensaje viene fijado por escrito y nacen la Escrituras cristianas; la celebración de la experiencia cristaliza poco a poco en liturgia ritual; el espíritu de la nueva praxis cristiana queda recogido en pautas concretas de conducta. De esta forma, lo que para aquellos primeros discípulos era una experiencia, para nosotros es hoy tradición, texto escrito del Nuevo Testamento, celebración litúrgica de los sacramentos.

Pero, al comienzo de todo, como desencadenante de la fe cristiana, lo que encontramos no es una doctrina, un texto escrito, un rito litúrgico, sino una experiencia mística.

## ***2. La evangelización como actualización de la experiencia original cristiana***

Todo esto significa que el cristianismo no es fundamentalmente una doctrina que debe ser creída, un libro sagrado que ha de ser fielmente interpretado o una liturgia a celebrar con regularidad, sino una experiencia de fe que ha de ser vivida, ofrecida y comunicada a otros como Buena Noticia de Dios. Por eso, evangelizar no significa, en primer lugar, transmitir una doctrina, exigir una ética o promover una práctica religiosa, sino evocar y comunicar la experiencia original del encuentro con el Hijo del Dios vivo, encarnado en Jesús por nuestra salvación. El desarrollo de la doctrina ha de servir exclusivamente para articular y ahondar en el plano de la reflexión la experiencia cristiana. La liturgia alcanza su verdad plena cuando es actualización e interiorización



la vida y discernir evangélicamente las situaciones, los problemas, el crecimiento.

Para estar bien integrado en un grupo es necesario negar sinceramente el egoísmo y estar dispuestos a sacrificar las razones y verdades personales, en aras de las verdades de la comunidad. Querer tener siempre la razón, imponerse, equivale a odiar la comunidad y hacer inviable la convivencia. La comunidad no es una suma de individuos. Un montón de piedras no hacen el edificio. Para que lo hagan, cada una debe ser parte ordenada de un conjunto. En la comunidad cada persona debe vivir en función del provecho común. El servicio a los demás es un principio evangélico fundamental e inalienable. Ser cristiano es vivir consagrado oblationalmente a la alegría y felicidad de los demás. La vida cristiana es hacerse comida, es decir, eucaristía, para los otros. La vida comunitaria sólo tiene sentido cuando es vivida en complementariedad y corresponsabilidad. Se anula la identidad cuando se pierde la gratuidad. La imposición, la fuerza, el dominio, la desconsideración, no son evangélicos ni eclesiales. La gratuidad es la fuerza de Dios y de la Iglesia. Sólo convence aquél que ama.



Tengo que esforzarme por saber integrarme en la comunidad. No debo preguntarme ¿qué es lo que me dan?, sino ¿qué es lo que yo estoy dando y puedo dar? He de servir a los otros, no servirme de ellos.

Evadirme de la comunidad, pretextando fallos y males, puede pervertir mi vida cristiana y hasta puede llegar a ser negación

de fe. Apelar a Dios, o a la propia conciencia, para evadirse sistemáticamente de los fallos de los otros, es una táctica errada, una perversión espiritual y hasta error de fe. Lo más hondo de la identidad mesiánica de Cristo estuvo precisamente en asumir nuestros males, haciéndose por nosotros “pecado” (2Cor 5,21), “maldición” (Gal 3,13), “ofrenda y víctima» (Ef 5,2). Quien ama a Cristo, prolonga su humanidad y su redención.

#### **d) Aprender a vivir el “hoy” cósmico, humano, espiritual**

El camino de la experiencia de Dios pasa necesariamente por el proceso de unificación interior de la persona y de su integración positiva con el cosmos, los hombres y el espíritu.



Vivo en el “hoy” y “aquí” por voluntad de Dios. El tiempo tiene categoría moral y evangélica.

Estoy vinculado al cosmos, a la materia, a la humanidad, a mi entorno humano y social, a la vida del espíritu, a la Iglesia

actual. Son parte de mi vida. No puedo vivir en soledad total. Vivo en estado de dependencia. Todo es don y gracia de Dios para mí, y es también para mí responsabilidad. Debo vivir plenamente integrado en:

- 1) el hoy cósmico, viviendo consciente y plenamente el universo, la naturaleza, la belleza, la luz, la bondad, la armonía, implicándome en ellos, amándolos, cuidando responsablemente de los mismos. Son efluvios *de* Dios para mí. He de aceptar en ellos la bondad de Dios. Tengo que integrarlos en mi vida como don y gracia de Dios, como parte de mi propio

por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16, 15).

Este encuentro tiene los rasgos propios de la experiencia mística. Es una experiencia fontal que transforma enteramente su existencia. Algo así como una «iluminación» que rompe la imagen que tenían del mundo, de Yahvé y de sí mismos. Se derrumba su «mundo viejo» y nace algo completamente nuevo: una experiencia de salvación y reconciliación inefable; la vivencia de la gratuidad total de Dios. Ya no valen las viejas palabras. La experiencia exige palabras nuevas para poder expresar, articular y comunicar lo que viven: Dios encarnado en Jesús es Amor insondable, Fuente de vida y de salvación para el ser humano. Así comienza la evangelización, como comunicación de esta experiencia. Lo dice bien la 1ª Carta de Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que han visto nuestras ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca de la Palabra que es la vida -porque la vida se ha manifestado, la hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida definitiva, la que se dirigió al Padre y se ha manifestado a nosotros- esto que hemos visto y oído os lo anunciamos también a vosotros para que también vosotros lo compartáis con nosotros; y nuestro compartir lo



es con el Padre y con su Hijo Jesús, el Cristo» (1 Jn 1, 1-3).

Los discípulos comienzan a comunicar lo que viven a otros, «desde Jerusalén, hasta las confines de la tierra» (Hch 1, 8). Su experiencia se convierte en mensaje. Su vivencia se transmite a través de un anuncio, una nueva praxis de vida

Jesús y experimentaron en él la cercanía salvadora de Dios. Sin este encuentro, todo hubiera seguido como antes. Ha sido la experiencia de ese contacto con el Hijo de Dios encarnado en Jesús lo que ha transformado la vida de estos hombres dando un sentido y una orientación nuevos a su existencia. Experimentan en Jesús la salvación ofrecida por un Dios amigo del ser humano, y se entusiasman con la tarea de hacer presente el Reino de ese Dios entre los hombres.

Este encuentro con Jesús pasa por muchas vicisitudes. El misterio encerrado en Cristo encuentra resistencia en el corazón torpe y débil de los discípulos. La cobardía y la negación en el momento de la cruz se entremezclan con sus expectativas y sus anhelos. La experiencia alcanza para ellos su intensidad y hondura decisiva en el encuentro pascual con Cristo resucitado. Los ojos de su corazón se iluminan con una luz nueva. Reciben la paz, se sienten perdonados,

restituidos de nuevo a su ser más auténtico. Experimentan en el Resucitado el amor fiel de Dios que permanece siempre. Descubren que Dios es el Salvador de la criatura humana. No pueden callar su experiencia. Necesitan comunicar la Buena Noticia de Dios. Es significativo que los evangelistas terminen siempre el relato de los encuentros con el Resucitado con su llamada a la evangelización: «Como el Padre me envió, también ya os envió» (Jn 20, 21); «Vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc 24,48); «Id y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28, 19); «Id



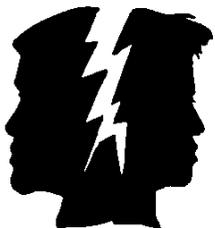
ser, situarlos dentro de mí. He de dar gracias, captar la armonía de la creación y la melodía de la gratuidad que de Dios va a mí y de mí debe irradiar a todo y a todos. Tengo que cultivar el sentido de la estética, de la belleza, de la gratuidad, de la delicadeza.

- 2) el hoy humano, viendo los valores positivos de los otros, la verdad, la bondad, el amor, la cultura, el arte, el genio, la solidaridad, la tendencia a compartir, la alegría, la capacidad de hacer reír, la paz, las intercomunicaciones positivas, la universalidad... Cada uno, todos, somos el resultado de las comunicaciones recibidas de unos padres, catequistas, profesores, amigos. La capacidad de comunicarnos, por lo general, está fuertemente bloqueada. Abrimos a la comunicación, intensificarla, equivale a un enriquecimiento considerable en los valores de la persona y de la sociabilidad. He de abrir los ojos ante las incontables comunicaciones que hay en torno a mí, y a las que se pueden establecer. Debo abrirme a ellas, aceptarlas, asimilarlas, implicarme en ellas. He de saber percibir el aspecto de don y gratuidad, y reflejarlas en mi propia vida.



- 3) el hoy espiritual, viendo el espíritu de fe de muchos que están a mi lado, las luces e impulsos del Espíritu en las grandes reformas legítimas, en el carisma profético de no pocos, en los signos de los tiempos, en la maduración creyente de muchos, en la superación de las

divisiones internas y externas, en el desarrollo del sentido comunitario y del espíritu apostólico, en el creciente sentido de responsabilidad y complementariedad y de servicio, en la nueva conciencia de la seclaridad cristiana, en la visión de la existencia como superación del fragmento, de la defundamentación, de la indiferencia y del pasotismo, en la exigencia creciente de gratuidad, de solidaridad incondicional, de perdón y de misericordia como formas excelentes de identidad cristiana. He de aprender a ver los sucesos y personas gracia, abrirme a su mensaje, integrar en mi ser lo positivo y bueno que descubro. Tengo que transmitirlo e irradiarlo.



#### *e) Abrirse al misterio*

Tengo que aprender a ver más allá de lo que ven los ojos. No estoy en el fin del progreso y del desarrollo. Todo crece. Detener la vida en un pretendido orden es suicidio u homicidio. La zona del misterio domina en la naturaleza, en el micro y macrocosmos; en el hombre, en la bioquímica y su inserción en la mente y en el espíritu; en el plan de salvación en Cristo.

No debo ser cerrado, excesivamente dogmático y moralizante, rígido, negativo, condenador. No puedo bloquear la vida. He de ser abierto. Dios es abierto. La vida está abierta. La historia es abierta. La persona es un ser abierto. La gran gracia es llegar a descubrir la Presencia.

Tengo que ir aprendiendo a penetrar en el porqué de las cosas y sucesos, y en el corazón de las personas, de sus actitudes y comportamientos.

## Mística y nueva evangelización

Dice E. Schillebeeckx que la mística, aunque tiene sus periodos culminantes y sus formas diversas de expresarse, siempre se manifiesta «como una determinada respuesta a una crisis o a una cuestión surgidas en un determinado contacto socio-histórico». Probablemente, el anhelo actual de mística (y sigo en parte la reflexión del teólogo de Nirnega), está brotando de la necesidad de entrar en contacto con un Dios Salvador y Amigo añorado, tal vez inconscientemente, desde la insatisfacción de una cultura meramente técnica, desde el vacío del racionalismo moderno y desde la impotencia sentida de autosalvación. La nueva evangelización sólo podrá comunicar la Buena Noticia de este Dios si es capaz de reactualizar en nuestros tiempos la experiencia mística fontal que se vivió en el origen del cristianismo.

### *1. El encuentro místico con Cristo, punto de partida de la evangelización*

Este es el primer dato que hemos de recordar. El encuentro sorprendente y transformador de unos hombres y mujeres con Jesús, el Cristo, ha sido el punto de partida que ha desencadenado la evangelización. Todo comenzó cuando aquellos judíos se pusieron en contacto con



*Pera el apartado d)*

- ¿Me integro en el «hoy a y «aquí” de mi tiempo y lugar, y vivo mi fe haciéndome responsablemente presente?
- ¿Vivo integrado en la creación, la siento como don y gracia, y estoy comprometido en la bondad y armonía de la naturaleza?
- ¿Vivo integrado en la convivencia humana, social, la vivo como don y gracia, y estoy seriamente comprometido con el bien común?
- ¿Vivo integrado en la comunidad creyente, la siento como don y gracia, y estoy comprometido en la misión apostólica y en la comunión universal?

*Para el apartado e)*

- ¿Soy persona abierta o cerrada, intolerante?
- ¿Estoy detenido en los signos externos, en lo que se ve, o mas bien sé interpretar el lenguaje de los símbolos, llegando a los significados últimos, a las realidades trascendentes, que son mucho más reales que las realidades que se ven?
- ¿Me relaciono preferentemente con el Cristo histórico de Nazaret, acercándome a él con el recuerdo, o me siento mejor unido al Cristo hoy viviente en los cielos, dejándole ser en mí para reproducir su vida, sus misterios, su muerte y resurrección?

He de esforzarme en penetrar la zona del misterio de Cristo, ahondando en el lenguaje sacramental. Tengo que procurar saber captar el lenguaje simbólico llegando a las realidades transcendentales más reales que la pura realidad material de los signos y símbolos. Debo suplicar que, como a los discípulos de Emaús, también a mí se me abran los ojos para ver la presencia viva de Cristo en las Escrituras y en la fracción del pan.

He de ir madurando en sentido actual de la historia, viendo a Cristo y su sacrificio, no como realidades pasadas, sino en “el Hoy” pleno en el que están aconteciendo, como floración de un pasado y corno germen de un futuro que será todavía más pleno. No debo quedarme en el Jesús de Nazaret... sino contemplar al Cristo celeste, en su liturgia de alabanza, y como Mediador siempre en acto. E incorporarme a él, ser sujeto activo y responsable.

He de aprender a discernir lo esencial de lo accesorio, lo eterno y lo temporal, lo estructural y lo coyuntural, lo fuertemente evangélico y lo meramente disciplinar, la identidad evangélica y sus inculturaciones históricas.

Debo tener sentido integral de la verdadera santidad cristiana, abandonar una visión vieja: un ideal moral alcanzado por los sacramentos y la oración reducidos a la condición de simples “medios”. He de llegar a entender que no es lo mismo ser “bueno” que ser cristiano. Esto implica, ante todo, un proceso de divinización, de cristificación. La verdad más exacta es: vivir plenamente la existencia sacramental, la santidad “en” los y “desde” los sacramentos, es decir, incorporado a Cristo y conducido por el Espirita. Dios, por propia iniciativa, nos ha divinizado. En consecuencia, tenemos que portarnos bien. No se hace, primero, santo a un sacerdote para que

“después” ejerza el ministerio: sólo puede ser santo “desde” el ministerio y “en” Él. No hacemos, primero, santo, al seglar, para que viva después los sacramentos y en el mundo. La santidad cristiana es vivir desde lo que está implicado en los sacramentos.

He de saber afrontar el inconsciente histórico: las situaciones erradas, tenidas por buenas, pero de honestidad incierta, debido a la rutina y a la costumbre.

Tengo que mirar a las personas, los sucesos, no en sí mismos, sino en su encuadramiento e implicaciones en la historia de la salvación.

## PREGUNTAS PARA ANIMAR EL DIÁLOGO EN GRUPO

### *Para el apartado a)*

- ¿Tengo alguna experiencia de Dios? ¿Cómo es?
- En mi mentalidad ordinaria, acercarme a Dios ¿es crecer, ser más yo mismo, o por el contrario, equivale a perder libertad y autonomía?
- ¿Conozco la alegría fundamental, la que procede de un ser unificado y maduro, o más bien aquella que viene solamente del exterior, de las diversiones, de los gustos y satisfacciones materiales?

### *Para el apartado b)*

- ¿Oro sólo rezos, o mas bien he llegado a orar mi vida real?
- ¿Me dejo afectar por el evangelio y me siento inserto en la oración de Cristo y de la Iglesia?
- Orar, para mí, ¿es caminar, cambiar, madurar, ser otro, identificarme progresivamente con Cristo?

### *Para el apartado c)*

- ¿Vivo siempre fuera de mí, en las cosas, o tengo una alta estima de las relaciones personales, de los valores humanos y del espíritu?
- ¿Tengo amistades, comunicaciones profundas, referentes a los valores personales, sociales, espirituales?
- ¿Tengo talante de señor, o de autónomo, independiente, o sé más bien compartir todo en igualdad y complementariedad, de forma que todo sea hecho por todos?
- ¿Procuró que todos sean más y lo hago como expresión de mi amor sincero a Dios y a los otros?
- ¿Huyo de la amistad, de los grupos, simplemente porque tienen fallos, o, más bien me siento llamado a corregirlos y superarlos?